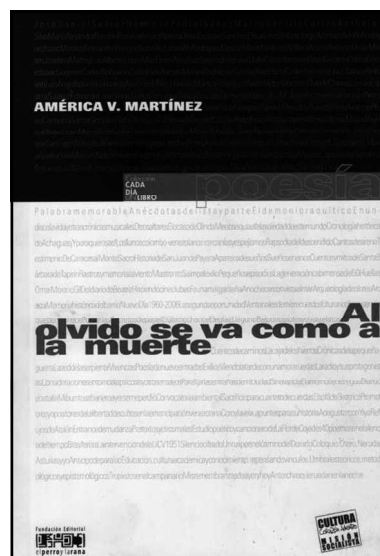


AL OLVIDO SE VA COMO A LA MUERTE.
América Martínez Ferrer (2007).

Caracas:
 El perro y la rana.

Me propongo añadir algunos párrafos a lo ya dicho suficientemente, y de modo insuperable, por América Martínez en su *Al olvido se va como a la muerte*. El asunto es que esta lectura me ha devuelto una crisis íntima: el abismal disenso entre memoria y poesía. Lo imposible no es recordar sino olvidar. Así lo creo yo. Deshacernos de los hechos y del escombros del pasado más que un oficio es una pena impagable. Pero la memoria no es un proyecto menos utópico. Recordar en el sentido de preservar no hechos, fechas o formas anteriores, sino la verdad de estos, es una ilusión. La historia occidental es un resultante de este fracasado experimento cuando no su causa. Es la Historia una ficción que calma el vértigo de quienes pretendieron dominar alguna vez el fuego de los días. La poesía en cambio parece ser el único hueso triunfal en el paso de las edades. Puesto que no juzga relegar ni poseer la pureza de las cosas, alimenta la historia y se aleja de su delirio. Lo extraño es que precisamente la palabra, esencial materia del poeta, impide prosperar en sus fueros, operar siquiera, al tiempo unilineal. Y sin embargo todo en el poema es eterno. Fuera de él la palabra atrapa el instante, lo detiene y al detenerlo lo transfigura sin remedio. Y ya no es. *Al olvido se va como a la muerte* es quizá el mejor acicate para ahondar en estos secretos.



Palabra y memoria

“¿Para qué escribir?” le pregunté recientemente a América Martínez, a propósito de indagar en su libro. Su respuesta fue marcial: “para triunfar sobre el olvido” ¿Es esto posible? Tal parece que sí. ¡Triunfar sobre lo que nos ha sido negado! ¿De qué manera podría serlo la palabra ella que aquieta y sacude a la vez? Para América Martínez puede que la Historia no sea sino un remedo de la memoria y un mausoleo de olvidos y aún más que el lenguaje mismo no pase de ser un artificio de la impotencia humana. Lejos está su voz. Puesto que para ella la palabra y el hecho asido no es nada sino el hueco donde habrá de suceder la expresión, el gemido, el brillo anímico; el latido invicto. . . su poesía nos invita a repensar el tiempo y la palabra desde su esencial heterogeneidad. Ser únicamente nombrados en centelleos (en el poema) como transfiguración del recuerdo y a veces también como un tiempo borrado. ¿Qué más da?

El poema es en sus manos resultado de la lucha contra esta finitud consciente. Esa conciencia límite que nos asiste, nos intimida. Y es lo cierto que algunos mortales devinimos también en escritura y sucumbimos. Es la escritura un medio apenas para cosificar el sagrado y por consiguiente humano deseo de totalidad. Pero dentro de la escritura algo, traducible o no, está latiendo: la poesía. ¿Qué tanto es ella un grito histórico en nosotros? ¿Hasta dónde es silencio atemporal? Estas preguntas no aluden a la autora. Es problema del tiempo y su manera de aullar.

Y en verdad el poeta no es un escritor en esencia sino en potencia. Lo que suena en la escritura es la voz múltiple del poema. Un renombrar el tiempo pero no en sus albores sino en su más acá. En la caligrafía del autor no se oculta el deseo por retener las edades, tanto como por abolirlas. Se apuesta a eso llamado *eterno*. Para América el sentido de este oficio no obedece a la linealidad de los segundos sino a sus intervalos: allí donde el punto falla está su poema. Donde el instante no llega, fulge heterogénea. Como tampoco su expresión está en lo escrito nada más, puesto que es código callado y gerundio del acontecimiento vital, dirá: “Anúnciame / Espanta las sombras que la-

dran a mi paso /Y los ojos curiosos que desde los resquicios / Me ven andar a tientas... Alláname el camino/que tropiezo/Porque no estaba escrito que volviera..."

La poesía escapó siempre a las encrucijadas del sin sentido y no sólo emergió invicta allí donde la razón sucumbió sino que ahora da cuenta de ella. Heidegger después de perseguir el error ontológico por el vasto terreno de la semántica, una vez demostrada su diferencia radical, *Ente y Ser*, atinó en tachar esta última acepción sustituyéndola por la palabra *Nada*. Y en el crepúsculo de su pensamiento recomendó a los filósofos acercarse a la poesía para salvar del olvido metafísico todo pensamiento. Su *Ser ahí* se había explicado mejor en los poemas de un Hölderlin.

De todos modos la poesía triunfa. Ante la imposibilidad de traducir a la escritura o a la Idea el abismo que somos, América corre el riesgo:

Oí sus pasos
detenerse en la puerta
y lo supuse:
la muerte apuraba el vaso
del que nos bebe a grandes sorbos

La memoria borra... el olvido escribe

El tiempo como lo que huye o queda es, en este libro, un falso problema. El asunto radica en la *experiencia* de ser tiempo. El perfil humano de esa impiedad llamada finitud es el tema subyacente. Desde entonces la escritura se nos da no como memoria sino como lucidez de toda derrota fáctica: "Esta sangre ya no galopa, /Anda /Con paso resignado y leve de bestia / A la que se le agotó el camino". Finitud que es presentimiento y antecedente a coro: "Transcurrió el tiempo prudente/ para cualquier visita de cortesía / Me despedí /Enfrente se despobló un espejo".

En *Al olvido se va como a la muerte* el proyecto no es tanto escribir para recordar sino como una oposición vital al impulso ciego que nos transporta... permanecer lo más intactos y cuidar de lo perdido

es el deseo en cada poema suyo. Al final lo que desgasta es la conciencia, el virtuoso desengaño de *sí*:

Poblaste mi sangre:
No tengo un solo sueño/desprovisto de tus rasgos

Imposible asir en letras lo que ha sido escrito en la sangre: eso que por ser sangre tiembla y fluye con el tiempo. Es tiempo. En manos de América la poesía es ágrafa y por eso total. En ella reside intacto no el recuerdo sino la experiencia de todo deslizamiento. Si el poema es sonido caer es la voz propia del vértigo: “Sin haber caminado lo suficiente/ para sentir hambre / y colmar de tierra mis poros / descubro que estoy en el descenso/de mi salto mortal”.

América Martínez demuestra que nuestro arcano es el *Ente* de toda residencia verdadera, que es el tiempo quien nos habita poéticamente (Heidegger) y no al contrario. De allí nuestra radical espera: “Menguar,/como una sombra cuando estalla el día

Ceder ante lo luminoso/de un nombre que refulge en la boca / de quien llama/Migrar al confín /donde se agolpan las sombras / de los nunca más nombrados:/ Esto es fundar el olvido”.

Sin duda la poesía es una forma superior de la memoria dado que, por su naturaleza orgánica, no atina a detener el instante sino que huye con él, se queda con él: es el paso consumándose. Difícil sincronía que imita la eternidad: espera. Pero se trata de una memoria que nos remite a la fe y no a los hechos: “Si pudiéramos todos /encender la palabra... / ...conquistaríamos juntos /esta tupida trama hecha de tiempo / rompiendo el porvenir y su espesura”.

La voz del poema dice el alma en peso, en intensidad, y por eso constituye una verdad creándose. Otra vez: ¿la escritura es necesariamente un triunfo de la memoria o inaugura su fin? Esta no es la clase de preguntas que detienen al poeta. Cuando menos no a la nuestra. Al fin que la escrituralidad es el lado inagotable de ambos polos. América sabe que escribe sobre el agua un ruido perenne y cambiante que es de agua también. Y que los ríos de Heráclito hablarán otros idiomas. Allá ellos. No se trata de conservar la unidad, la verdad, la historicidad; sino

al Ser que late no ya para la Idea ni para el tiempo sino para sí mismo en la cosa inextinguible del cuerpo. En esa oscuridad que nos hospeda: “Tú, / relato y correlato de mi lengua / Yo, / Tu apologista / En un principio fuiste carne / Y te hice verbo”.

Para nuestra poeta memoria y olvido no son ideas en dialéctica sino experiencias cuya raíz es la *Nada*. La muerte es acá nombrada apenas. He aquí que el olvido nos amenaza ¿A quién? al que somos ahora al que seremos al que ya fuimos. Pero la escritura es metamorfosis, alteridad. No conserva intacto el fantasmal cuerpo del pasado. Impide al ser total. Esto es morir. De modo que el recuerdo y la escritura como ejercicio de la memoria es una vía dilatada que de todos modos nos entrega, nos vuelve nada. Pero es el camino de un orgullo salvaje. Se escribe por orgullo apenas.

No, en lo escrito no está sino lo transformable. ¿De qué manera el poeta está libre de tal sino? Los códigos del Ser en la poesía de América están por inventarse, son el más allá de lo escrito que late en la memoria de otras vidas. Ella, poeta de sí misma se decide palabra en rebelión, no tiene fuerza para acallarse: “... Salí de mí huyendo de este grito / pero el grito me alcanzaba a donde fuera”.

Cierto que escribir es volver en pedazos también. No se recuerda: se transfigura el tiempo que fuimos en el decir poético. No se olvida por la escritura: ella cuida de la experiencia y del asombro. Así se produce existencia plena, es decir: la inmortalidad como experiencia. Caer del tiempo, fluir al revés pero no en su contra. El círculo perfecto del instante. Éste es el triunfo que América codicia y no otro.

Cada poema de *Al olvido se va como a la muerte* es un lugar de inicio. Principia donde termina el Ser, donde tiembla y se está solo y se duda. Su palabra anuncia un alzamiento en cada ruina y en cada edificio el vértigo del átomo. Extática y ausente como un testigo nos exaspera y calma peligrosamente. Nos deja desprovistos de dicotomías. Poemas donde nada sobra. Arte de una memoria que borra y un olvido que escribe con una mujer despierta en medio, a la sombra del tiempo y pese a su avidez.

Dejemos como epílogo estos versos suyos, que no por azar bautizan su ópera prima y mi incurable angustia:

No encontrarás el camino de vuelta
Tus huellas se fundirán con el sendero
trazado por los que ya se fueron

Los alcanzarás
Abrevarás tu sed como ellos lo hicieron

Te inclinarás ante su orilla
y lo que soy se ahogará en el Leteo

Después de beber olvido
seguirás andando

Yo permaneceré aquí
Con este irresoluto juego de memoria disperso en la
mesa

Repitiéndome
-mientras develo cada carta-
que siempre fue igual
que nunca vi a nadie volver de ahí
que al olvido se va
como se va a la muerte

Freddy Nájuez